

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante narración, basada
en una obra de ALFRED CAPUS,
de la Academia Francesa

EL AVENTURERO

PROTAGONISTA:
JEAN ANGELO

Gran asunto.

Producción
"LES FILMS DE FRANCE"

10 fotografías Precio: 25 céntimos

POSTAL-FOTOGRAFÍA-REGALO:

HELLA MOJA

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles en toda España.

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE. 18.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 158

25 cts.



LA VENUS DE
MONTMARTRE

POR
LYA MARA
FilmoTeca
de Catalunya

ZELNICK, Friedrich

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 158

La Venus de Montmartre

(DIE VENUS VON MONTMARTRE, 1924)

Interesante comedia mundana,
interpretada por

LYA MARA

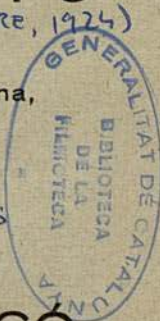
JACK TREVOR ; HANS ALBERS

EXCLUSIVA DE

MODESTO PASCO

Rambla de Catalunya, 62 — Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CHARLES JONES



La Venus de Montmartre

Argumento de la película de dicho título

En París, en el frívolo París de los *music-halls*, del "snobismo" internacional y de las lindas flores de medias de seda que abren sus pétalos en pleno *boulevard*.

La bailarina Jouxou, un prodigio de belleza y picardía, era a la sazón el idolillo del *tout Paris*.

En ocasión de darse una vuelta en su cochecito de 5 HP, Jouxou fué testigo, cierta tarde, del incendio del motor del "auto" del príncipe Rodolfo de Cheran.

Motivó el accidente, sin desgracias personales que lamentar, el inminente riesgo que corría la vida de un transeunte, sobre el que el coche iba a arrojarse.

El *chauffeur* viró con la mayor serenidad del mundo, tan bruscamente, que se inutilizó el motor.

El príncipe, cuyos rancios pergaminos no le impedían divertirse, lo más democráticamente posible, en la *Ville Lumière*, apeóse de su vehículo, dispuesto a dirigirse a pie al Círculo de los "buenos".

Comprendiendo la situación en que lo ponía el relatado accidente, Jouxou fué a ofrecer al príncipe un asiento en su cochecito.

—¿Quiere usted que le lleve a algún sitio, caballero?

—Si no es abusar de su amabilidad, señorita...

Durante el trayecto, ambos se enteraron de quiénes eran, respectivamente, celebrando el príncipe que Jouxou fuera artista, y ésta que él fuese... lo que era.

Aquella misma noche, Jouxou derrochaba su gracia picaresca en el escenario de "*Le Chat Noir*", el *music-hall* de moda.

Ocupaban un palco la condesa y el conde de Sullivan, cuya elegante tolerancia no hacía más que alentar las aficiones de su esposa hacia el *flirt* sin consecuencias; y el príncipe Rodolfo de Cheran, en quien la condesa tenía puestos sus ojos.

En un programa de mano, el alto noble leyó la parte que afectaba a Jouxou.

6.º LA VENUS DE MONTMARTRE

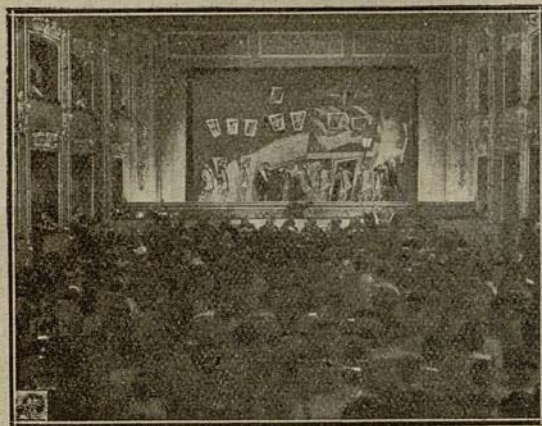
Protagonistas: Mlle. Jouxou y Mr. Jacquot.

Argumento.

Montmartre de noche. Una apache, la más bella de todas, que es Jouxou. Llega un noc-

támbulo. De pronto se presenta Jacquot, el apache, y se acerca amenazador a la pareja. Jouxou protege al desconocido... Un aviso... un pito, y la llegada de la policía, que pone fin al espectáculo.

El príncipe asistió con sumo agrado al espectáculo, al terminar el cual, mandó, por un



...Jouxou derrochaba su gracia picaresca en el escenario de "Le Chat Noir", el music-hall de moda...

botones, a Jouxou, la siguiente tarjeta:

PRÍNCIPE RODOLFO DE CHERAN

Suplica a Mlle. Jouxou le permita decirle,

ante una mesa del "Edén", cuánta es su admiración por ella.

Jouxou tembló de dicha al contacto de aquella cartulina, y, sin mucha vacilación, escribió en la misma, cruzando la escritura: IRÉ.

Un poco después, en medio de la loca algarabía del "Edén", el príncipe dedicó delica-



...el príncipe dedicó delicados elogios a la belleza de Jouxou, escuchándole ella con embeleso.

dos elogios a la belleza de Jouxou, escuchándole ella con embeleso.

Fué un tête-à-tête delicioso, del que los protagonistas no debían olvidarse.

Cuando Joujou llegó a su casa, en su corazón temblaba una flecha de Cupido.

—¡Oh, mi buena Renata, qué linda aventura se me ha presentado!—dijo a su dama de compañía.

—¿Ha llegado el amor, niña mimada?

—¡Oh, sí, sí, mi buena Renata! Hoy no po-



—¿Ha llegado el amor, niña mimada?

—¡Oh, sí, sí, mi buena Renata!

dré dormir, pensando en él...

Ya acostada, Joujou pensó en lo feliz que sería si...

Y en aquella hora de paz en su vida, el gentil diablillo de París evocó su pasado.

Triste, en verdad, había sido su ayer.

Veinte años atrás, una noche en que una erupción del Vesubio sembraba el terror en las calles de Nápoles, en un mezquino camaranchón agonizaba una artista de circo: la madre de Joujou.

Un compañero se hallaba a su lado.

La moribunda le estrechó fuertemente sus manos, e imploróle:

—Frossart, prométeme que no abandonarás nunca a la pequeña y que serás un padre para ella.

Joujou era entonces una muñeca de pocos meses.

Cumplió su promesa el artista Frossart, y la niña creció entre los peligros y los aplausos de las pistas.

Así se deslizaron los años... pero un día, durante un ensayo, el buen hombre, que era acróbata, calculó erróneamente un ejercicio y cayó aparatosamente al suelo desde considerable altura, hiriéndose de gravedad.

El tiempo curó las heridas de Frossart, pero quedó truncada su carrera de artista, y al salir del hospital se estableció con su hija adoptiva en el risueño Montmartre, alquilando a los pintores y escultores el pequeño estudio que había amueblado.

El bailarín Jacquot, cuyo nombre empezaba a hacerse célebre en los *cabarets* y *music-halls* de París, se fijó, casualmente, en la belleza y buen tipo de Joujou, y la siguió hasta

su casa, no titubeando en llamar al piso de Frössart.

—¿Qué desea, joven?

—Acabo de ver subir a una joven muy bonita... ¿Puede usted decirme si vive aquí?

—Aquí vive, en efecto... Es mi hija adoptiva. ¿Qué interés le guía a usted a preguntar



Cumplió su promesa el artista Frössart, y la niña creció entre los peligros y los aplausos de las pistas.

por ella?

—Soy el bailarín Jacquot... Si no tuviesen ustedes inconveniente, me gustaría enseñar a

bailar a esa señorita y que fuese mi *partenaire*.

—Si ella se aviene...

Joujou fué consultada... y el resultado de aquella conversación fué que, al cabo de algún tiempo, la pantomima "La Venus de Montmartre" estaba en situación de ser representada y Jacquot se disponía a explotarla.



...y cayó aparatosamente al suelo desde considerable altura, hiriéndose de gravedad.

De la propaganda se encargaron el agente Mouchu, cuyos ojuelos de ave de rapiña sabían descubrir el oro verdadero en medio del oropel de las *variétés*; y Amadeo Tricotín, el digno representante de la Prensa.

Unos días después, París entero desaparecía bajo la inundación de *réclame*, a la americana, de "La Venus de Montmartre".

Y así llegó a ser lo que era.

*
**

En su posición actual, Joujou podía permitirse el lujo de sentir jaqueca de vez en cuando.

Su padre adoptivo y su buena Renata eran a adorarla incondicionalmente.

Con el cariño de esos dos inmejorables compañeros de su vida, y la simpatía del príncipe Rodolfo de Cheran, Joujou se consideraba la más feliz de todas las mortales.

Unos días después de su entrevista con el príncipe, Joujou recibió una tarjeta de los condes de Sullivan, así redactada:

EL CONDE Y LA CONDESA DE SULLIVAN
ruegan a Mlle. Joujou se sirva aceptar su invitación para la pequeña fiesta que darán esta noche en su casa.

—Renata, telefonee a la condesa de Sullivan que no puedo aceptar su invitación, por encontrarme indispuesta—ordenó a su ama.

Como Frossart parecía extrañarse de la negativa de Joujou, ésta, abrazándole, le contó su aventura:

—Creo que estoy enamorada, papaíto... y de un príncipe ¡nada menos!

—Cuidadito con esos peces gordos, hijita.

—¿No soy yo, acaso, un buen cebo?

—Todo lo que tú quieras, hijita, pero ¡ojo vivo!

Mientras tanto, en casa de los condes de Sullivan, se hacían los preparativos para la fiesta de la noche.

Un poco más tarde, Joujou recibió esta otra tarjeta:

PRÍNCIPE RODOLFO DE CHERAN
acepta y agradece su cariñosa invitación.

—Esto no es para mí—dijo ella—. El príncipe ha cambiado las tarjetas... Sin duda la que me ha escrito ha ido a parar a casa de la condesa.

Así era, en realidad. La condesa recibía en aquellos momentos la tarjeta destinada a Joujou, y que decía:

PRÍNCIPE RODOLFO DE CHERAN
Adorada Joujou: Sé que esta noche vas a

casa de la condesa de Sullivan y excuso decirte que mi corazón está lleno de la alegría de poder verte.

La condesa sonrió maliciosamente, complacida de que Joujou hubiese declinado su invitación.

Pero la bailarina, así que supo que su príncipe asistiría a la fiesta de la condesa, se hizo preparar la mejor *toilette*, mareando a su padre adoptivo y haciendo perder el juicio a su buena Renata.

Y la jaqueca desapareció como por encanto.

Los primeros invitados habían llegado ya a la casa de los condes de Sullivan.

Apenas llegado el príncipe, la condesa, poniendo en sus palabras toda la intención que requerían, le manifestó:

—Siento tener que darle un disgusto, príncipe... La señorita Joujou se ha excusado de venir.

Sin embargo, el disgusto lo pasó la condesa, al ver aparecer a la bailarina divinamente hermosa.

El príncipe recobró el buen humor desde que ella apareciera, y la condesa, advirtiéndolo de muy mal grado, dispuso los sitios en la mesa de la cena de manera que la pareja de enamorados estuviera lo más separada posible.

—No tomará a mal que la haya colocado en el otro extremo de la mesa, ¿verdad, Joujou? Como creía que ya no vendría usted...—le dijo la condesa con retintín.

—De ningún modo, condesa. Yo estoy bien en cualquier sitio—contestó la interesada, simulando no comprender lo que saltaba a la vista.

Y, a pesar de las distancias que había cuidado de establecer, la condesa de Sullivan vió en peligro su *flirt* de la temporada. ¡En la mesa no había, para los enamorados, nadie más que ellos!

Después de la cena, el príncipe y Joujou se aislaron en un saloncito donde bailaron al compás de un gramofón.

La condesa, para estorbarlos y atraerse al príncipe, se unió a ellos y puso amorosamente a éste una flor en el ojal.

Siguieron luego bailando la bailarina y el noble.

Joujou, al marcharse, enojada, la condesa, quitóle la flor al príncipe y éste, interpretando sus celos, tiró el intencionado obsequio de la frívola a un rincón.

Y la casualidad, impelida por el amor, hizo que esa flor fuera pisada por la pareja durante el baile...

Al correr de los días, el cariño del príncipe y de Joujou iba en crescendo.

¡Qué bella es la vida cuando ya no se le puede pedir más!

Un buen día, en las alturas del viejo estudio de Montmartre, el buen Frossart celebraba su cumpleaños.

Joujou se preparaba para acudir al teatro, cuando un íntimo de su padre adoptivo, pintor de bodegones pobres, ¡miau!, se presentó en su casa.

—¡Hola, Churrito!—saludó Joujou.

—Dichosos los ojos que te ven, amiguita.

—Estos últimos días he tenido mucho trabajo.

—Ya se ha conocido en el estudio tu ausencia. Como nos tenías acostumbrados a una visita casi diaria.

—Tenéis razón. Soy una ingrata con mis

simpáticos artistas. Diles que no dejaré de ir mañana.

—Es que... si pudieras hoy...

—¿Tanta prisa tenéis?

—¿No sabes que hoy cumple años tu padre adoptivo, y que hay gran fiesta en el estudio?

—¿De veras? ¡Ah, sí! Estamos a 15 del mes. Recibe los sesenta. ¡Qué tonterías estoy cometiendo con mi poca memoria!

—¿Te vienes allí, pues?

—¡Qué rabia no poder ir!... ¿Cómo dejar la función de esta noche?

—¡Tan contento que estaría tu padre adoptivo!

—Espera. ¡Ya está! Telefonaré a mi empresario que me haga substituir en la representación de hoy.

—Eso es.

—Oiga... ¿Es el señor Chufchuf?... Yo soy... ¡Ah! ¿Me ha reconocido usted? Pues... pasa que no estoy bien, ¿sabe?, y...

—Comprendo... pero... ¡no, Joujou, imposible!... ¡Tengo el teatro lleno!

—Pero si le aseguro a usted que no puedo bailar...

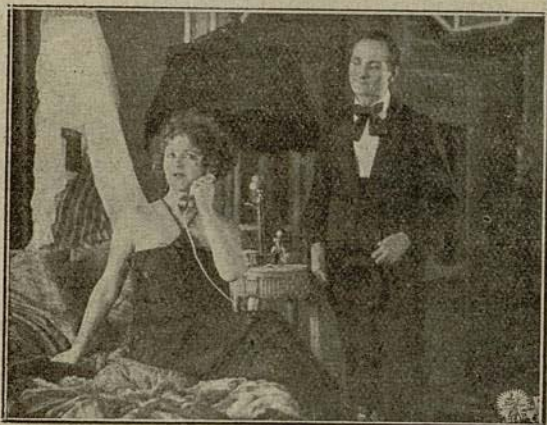
—Perdone mi desconfianza, Joujou... Con su permiso voy a ir a su casa para convencerme de su imposibilidad de trabajar.

Joujou se bañó el tobillo en tintura de yodo, para que el empresario se rindiese a la evidencia de su "imposibilidad de trabajar", y así

sucedió, pues he aquí lo que aquél dijo a la artista:

—Bien. Cúidese usted, Joujou... Anunciaré al público su indisposición.

Churrito lanzó siete ¡hurra! seguidos, no tan sonoros como él pretendía darlos, porque la comida no proporcionaba más ánimos, en



—*Pero si le aseguro a usted que no puedo bailar...*

honor de la picardía de Joujou, y, ¡hala!, a la fiesta.

Un poco después, la alegría cascabelera de Joujou ponía un rayo de sol en el cumpleaños del viejo funámbulo.

Con ella llegaron varios regalos de buen humor para él, acompañados de sentida dedicatoria:

Joujou a su papaito, en señal de que no olvida todo lo que le debe.

Padre e hija se abrazaron con efusión, y fundieron sus lágrimas en el crisol de su mutua felicidad.

La escena conmovió a los presentes, todos dotados de romanticismo por arrobas.

Sin embargo, un poco más tarde, el estudio se convirtió en circo... en circo de locura.

Joujou dirigía el espectáculo.

Se recitaron versos que transportaron al auditorio al mismo cielo, del que descendieron por orden del portero mayor, que los barrió con sus barbas.

Se cantó. Del ¡Ay, ay, ay!, con acompañamiento de una familia de gatos que campaba a sus anchas por la azotea, se pasó al "Ladrón, ladrón", no interviniendo la "poli" por casualidad; y después de esto vino lo otro y lo de más allá. Para más datos, dirigirse al vecino de enfrente, que era sordo, se había quitado los ojos, de rabia, y vivía poniendo música a zarzuelas. Además, se rumoreaba que en sus ratos de ocio hacía de detective.

Detrás del canto... otro canto, según las leyes de la visual. Pero como hay cantos y cantos, ese canto no era el canto correspondiente al otro canto. ¡Vaya en...canto de frase!

Quisimos decir que, después de dar voces,

los "estudiantes" se dedicaron a los trompazos.

Los pesos podían ser desiguales, pero los golpes, ríanse ustedes de los de una mamá política de pronóstico.

"Perejil" midió sus fuerzas con "Loro", ganando el primero a pesar de ser una miniatu-



"Perejil" midió sus fuerzas con "Loro".

ra. Ya se sabe que el perejil es fatídico para el loro.

En aquellos momentos, en casa de los condes de Sullivan, donde el tedio iba desatando poco a poco los lazos conyugales, la condesa pensaba en el príncipe Rodolfo de Cheran.

El conde disponíase a ir a dar una vuelta por el club, y su esposa no esperaba más que su partida para comunicarse con el objeto de sus ilícitos anhelos.

Lejos estaba de suponer la condesa que el príncipe se dedicaba con la mayor ilusión a cortejar a Joujou, a cuyo encuentro fué al estudio, donde era conocido y respetado como un excelente amigo y caballero.

El propio Frossart, al principio reacio a creer que el noble ponía buen fin en la conquista de Joujou, acabó por tomarle confianza, y casi, casi creía que aquella mutua simpatía tendría un feliz epílogo.

También se puso a hacer de las suyas el príncipe, y sólo un mesón tomado por asalto por un grupo de bulliciosos soldaditos de los de cinco perricas diarias, podía ser comparado al estudio de Frossart aquella noche.

Joujou no esperaba al príncipe; de modo que mayor fué su alegría de verle allí.

—Usted lo sabe todo, Rodolfo. ¿Es usted acaso adivino?

—Por verla a usted, yo paso por todo... hasta hago el amor a las criadas.

—¡ Ah! ¿ sí? Entonces...

—Su venerable Renata se ha rendido a mis plantas.

—¡ Qué audacia!

—Inútil decirle a usted que, aunque soy de los que están de acuerdo en que "quien riega

las plantas recoge flores", su buena Renata rechaza este proverbio.

* * *

No bien hubo quedado sola, la condesa, en su afán de tener a su lado al príncipe, no titubeó en llamarle al teléfono, con resultado negativo, desde luego.

—El príncipe ha salido, señora... No sé a qué hora volverá. Me ha dicho que iba al estudio de Frossart, en Montmartre—le notificó el criado de Rodolfo.

—¿En Montmartre? ¿A qué habrá ido allí el príncipe?—se preguntó la condesa.

Y se puso a recordar...

—¡Ah, ya sé! Por supuesto, *ella* debe estar en ese estudio de su padre adoptivo. ¿Es posi-

ble que Rodolfo se haya enamorado tan "perdidamente" de Joujou? Si yo me atreviera...

La condesa sumióse de nuevo en profunda meditación, y, momentos después, resolvió poner en práctica la temeraria solución que se



—¿En Montmartre? ¿A qué habrá ido allí el príncipe?—se preguntó la condesa.

creía en el caso de adoptar para atraerse al príncipe.

¿Qué pretendía?

Ella no le había expresado nunca al príncipe, concretamente, hasta dónde llegaría para separarle de otra mujer que quisiera arrebatárle su amor, y como último recurso, en el asunto de Joujou iba a proceder al descubierto.

¿Le diría a las claras que le amaba, que dispusiera de su amor?

Ni más ni menos.

Y como lo que quería era arrancarlo sin demora de los brazos de Joujou, redactó la siguiente nota: "*Una dama que se interesa por usted está en peligro. Vuelva inmediatamente a su casa, y allí recibirá detalles*", y se la mandó al príncipe por un *chauffeur*, al estudio Frossart.

Casi al tiempo que el interesado recibía el artero aviso, la autora del mismo entraba en casa de aquél.

El criado, ignorando que era ella quien, poco antes, le telefonara preguntando por el príncipe, no incurrió en contradicción en su información respecto de la ausencia de su señor.

—Ya sé, gracias—respondióle la condesa—. Esperaré. El príncipe acaba de telefonarme que vendrá en seguida.

Y la condesa hudióse en un sillón cuyo respaldo colocó frente a la puerta, para ocultarse detrás de él y sorprender "más grandemente", según ella, al príncipe en cuanto llegase.

Rodolfo, enterado del anónimo, sintió en el alma verse en la obligación de despedirse de Joujou, de quien disculpóse torpemente, tan intrigado estaba de aquel misterioso mensaje.

—Es un asunto urgentísimo lo que me reclama. Voy un instante a casa y antes de una hora estaré de regreso—le dijo.

La sorpresa que recibió el príncipe al encontrar en su casa a la condesa, no fué lo agradable que ella supuso; antes—la frívola—notó en su semblante cierto enojo, pero fingió no haber reparado en ello, y empezó el coqueteo declarado.

—Mi marido se ha ido al *club*, querido príncipe... Yo me aburría en casa, y he recordado que es usted un amenísimo conversador...

—Agradezco la fineza, condesa, pero tal vez no ha medido usted lo bastante el paso que acaba de dar... Inútil decirle que siempre su compañía me es grata... Sin embargo, no ha pensado usted...

—Príncipe, estoy en su casa y no me arrepiento de haber venido... ¿Acaso estaba usted en Montmartre con alguna... amiguita?

—Aunque así fuese, no tendría importancia, ya que tengo el placer de verla a usted.

—Muy amable... No ha tenido mal gusto esa Joujou al poner sus ojos en usted... No hay como las artistas para distinguir el oro entre la quincalla...

—Joujou no es lo que muchos se creen, con-

desa. Es una mujer que vale y sabe hacerse valer.

—Tal conquista le honra a usted mucho.

Las paredes oyen... las sombras ven... la fatalidad pende siempre de un hilillo sobre nuestras cabezas...

La condesa había sido vista por un amigo de *club* del conde.

Tan pronto llegó éste al círculo, dicho amigo, creyendo cumplir un deber de confianza, le tomó aparte y le dijo:

—Conde, permítame una confidencia... Acabo de ver entrar a una dama en casa de Rodolfo de Cheran... y esa dama me ha parecido la esposa de usted.

El conde, atónito, presa de dudas acerca de la fidelidad de su compañera, dominóse enérgicamente para salir airoso de aquel trance, y supo, a tiempo, justificar lo que había visto su amigo, manifestándole con naturalidad:

—No se equivoca usted, Landers. *Estamos invitados* esta noche en casa de Rodolfo.

Pero, instantáneamente, el conde desapareció del *club* y dirigióse hacia el *chalet* del príncipe, para esperar, frente a la casa, la salida de su esposa.

De pronto llamaron a la puerta de la casa de Rodolfo.

Con la intranquilidad de los culpables, la condesa exclamó:

—¡Por favor, ocúlteme usted, príncipe!

¡He cometido una locura, y si mi marido llega a enterarse!...

—Escóndase ahí dentro... y no haga el menor ruido.

*
* *

La inesperada visita era Joujou.

Sus amorosos temores la habían llamado allí.

—He venido, Rodolfo... porque tardabas tanto...

—No te disculpes... Has hecho mal en venir, Joujou. Reconoce que estos celos y estas desconfianzas son un poco ridículos...

—Puede que sí, Rodolfo... pero la cosa no es grave... ya que estás solo. ¿Verdad que estás solo?

Providencialmente, el príncipe se acercó a una ventana y, mirando a la calle, vió, con el

consiguiente asombro, al conde en espera. Había llegado al pie de la casa después de Joujou.

Sospechando que el conde recelaba de su mujer, Rodolfo decidió salvarla de tan grave situación.

Joujou le ayudaría. Joujou, que era buena y que sabría comprender... y luego... perdonar.

Así, pues, se sinceró con ella:

—Voy a decirte la verdad... En la habitación contigua hay una señora... una señora decentísima, que ha cometido la ligereza de venir a verme... Y su marido está abajo, esperando verla salir...

—¡Ah! Entonces, tu amor no es más que eso: engaño, ¿verdad?

—¡Te juro por mi honor que nada más que una ligera conversación de amistad ha habido entre ella y yo!

Joujou reflexionó en medio de su dolor, y no pudo menos, por humanidad, de ofrecerse a ayudar a la frívola.

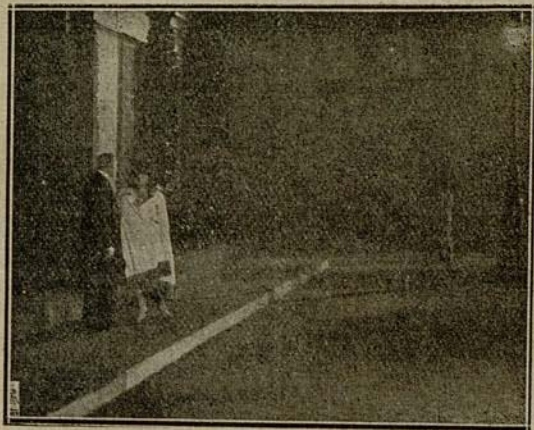
—Está bien. Salvaré a esa señora.

La condesa no encontró palabras lo bastante expresivas para agradecer a Joujou su intervención en aquel apuro que ponía en peligro su bienestar, y, aunque no lo hubiera deseado, la bailarina vió, por un momento, a la soberbia condesa, humillada ante quien quería humillar.

—Deme su sombrero y su abrigo—le dijo, para ponérselos encima y salir de la casa por

la puerta central, mientras el príncipe y la condesa lo hacían por la de servicio, subiendo la culpable inmediatamente en un *taxi*, que en un vuelo la condujo a su domicilio.

Así el conde pudo ser engañado, puesto que, al detener a la dama que salía de la casa, vió que era Joujou.



—Perdón, señorita—se excusó—. La tomé por otra... aunque mucho celebro que sea usted.

—Perdón, señorita—se excusó—. La tomé por otra... aunque mucho celebro que sea usted. Buenas noches.

De regreso en su casa, el conde comprobó

instintivamente que la condesa dormía “plácidamente”, y se reprochó incluso el haber dudado de su virtud...

A la mañana siguiente, le faltó tiempo al príncipe de Cheran para visitar a la indignadísima Joujou.

Al anunciárselo su padre adoptivo, la bailarina negóse a recibirle:

—¡No quiero que ese hombre vuelva a entrar por la puerta de mi casa!

Y Frossart repitió la exclamación al príncipe:

—Joujou no quiere que vuelva usted a entrar por la puerta de su casa.

—Procure usted convencerla, señor Frossart. Dígale que crea en mí... que se haga cargo de que lo que pasó anoche no fué culpa mía. ¿Por qué prohibirme que entre en su casa?

—Amigo Rodolfo, yo creo que, para entrar en una casa, no es absolutamente necesario pasar por la puerta.

—¡Es una idea, señor Frossart!

—Idea de acróbata, amigo mío.

—Por verla me transformo yo en lo que sea.

—Pues ¡hala!...

Rodolfo penetró en la habitación de Joujou por una ventana.

Como ella negábase a recibirle, “papá” Frossart intervino, a favor del príncipe:

—No tienes derecho a despedirlo, hija. El príncipe no ha entrado por la puerta.

Joujou reconoció que la razón estaba de parte de su novio, y dejó que éste se le acercase para susurrarle melodías...

—Esta alhaja que perteneció a mi madre, está destinada a la mujer que ha de ser mi esposa. ¿Quieres tú ser esa mujer?

Joujou, que ya se creía en el paraíso, dijo que sí con toda su alma y alargó su diestra, para que Rodolfo la adornase con el sagrado anillo de compromiso, a la par que él le decía:

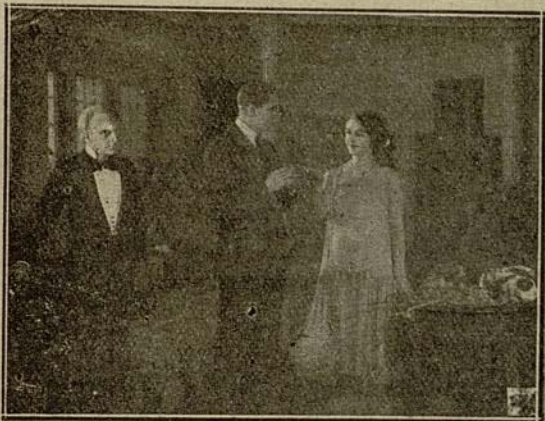
—Mi única condición es que no vuelvas a pisar la escena... Una princesa de Cheran no puede ser bailarina.

—Aceptado, Rodolfo. Pero déjame traba-

jar por esta noche nada más... Que al menos pueda despedirme de mi público.

—Sea.

“Papá” Frossart, emocionado, elevaba su mente a la memoria de la infortunada madre de Joujou...



—*Mi única condición es que no vuelvas a pisar la escena... Una princesa de Cheran no puede ser bailarina.*

*
* *

Aquella noche fué de duelo para las *variétés*: el último baile de Joujou.

Ocupaban un palco: los condes de Sullivan... y el príncipe, a quien la condesa no dejaba en paz con su cargante coquetería.

Joujou no les quitaba ojo, y llevó a tal extremo sus celos, que se desmayó en las tablas, interrumpiéndose la representación.

Por otra parte, se produjo un incendio en el teatro, y, a través de no pocos peligros, pudo Rodolfo salvar a su prometida, a quien reprochó su exagerada suspicacia:

—Los celos no conducen a nada bueno, mi querida Joujou. Entre esa mujer, u otra, y yo, no puede haber nunca nada, porque es a ti sólo a quien amo. Además, esas mujeres son así: gustan del *flirt*; es una moda que se creen obligadas a seguir. Esta noche, más que otras

veces, debía acompañar a los condes, a fin de que el marido ahuyentara definitivamente, si aun le quedaban algunas, las sospechas acerca de las relaciones de su esposa conmigo. Mi ausencia, esta noche, de su palco, no hubiera tenido, tal vez, para el conde, más explicación que mi temor por lo sucedido ayer noche. ¿Me prometes reprimir tu defectillo, amor mío?

—Yo sólo quiero ver que me adoras.

—Prometido. Y quemaré muchos cirios en tu honor.

—¡Tonto!

—¡Es favor, encanto mío!

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Lea usted: ¡PARIS...!

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

E. VERDAGUER MORERA.—TARRASA